

BX4655

.C67

1867

v. 3

C. 1



MARZO. DIA I.

5

buen monje que estaba íntimamente penetrado él mismo de aquellas espantosas verdades, la hizo una vivísima pintura de ellas : de suerte que, no pudiendo Eudocia disimular mas su asombro, ni reprimir su llanto, dió un lastimoso grito, y exclamó diciendo :

« Pues, padre, segun esto yo sere condenada. »
Aprovechándose el siervo de Dios de aquellas felices disposiciones, la dijo : « Ahora me habeis de dar licencia, señora, para que tambien yo os pregunte si sois vos, y qué religion profesais. — Yo, respondiendo Eudocia, soy de Samaria, y de la secta de los fariseos; ó, por mejor decir, ninguna religion, por lo mismo es que me entregué á un género de disoluciones : ¡ mirad que yo evite esos suplicios »

DIA PRIMERO

ó el prudente Gertrudis, para convertir de veras y para que Jesu-Christo se acordase de su misericordia, y de la verdad de su misión.

SANTA EUDOCIA, PENITENTE Y MÁRTIR

HÁCIA el principio del segundo siglo, siendo emperador Trajano, vino á fijar su habitacion en Heliópolis una famosa cortesana, llamada Eudocia, originaria de Samaria, que sin duda se alejó de su pais únicamente para vivir con mayor libertad en su desordenada vida.

Era tenida por la mayor hermosura de su tiempo. Daba nuevo lustre á su belleza la bizarría con que se adornaba; su entendimiento era vivo, claro y brillante; su genio alegre, festivo, despejado; su aire naturalmente desembarazado y garboso; sus ojos introducian dulcemente el veneno hasta el corazon; pocos habia que dejasen de caer en el artificioso halagüeño lazo de sus redes.

Ninguna dama cortesana metió jamás tanto ruido; y acaso ninguna hizo jamás tanto daño. Hacíanla la

BX4655

.C67

1867

v. 3

C. 1

estaba a buscar á
cubrir á aquella
de las saludables aguas
llamado Germano, que se vol-
vió por Heliópolis, y se fué á hospedar
en un cristiano conocido suyo, que vivia
en el templo de Eudocia. Despues de haber dormido
un poco más de tres horas, se levantó á media noche y
comenzó á cantar salmos, segun lo tenia de costum-
bre; despues de lo cual se puso á leer en un libro es-
piritual que para este fin traia siempre consigo; y leia
de propósito en voz alta para que el sueño no le ven-
ciese, siendo la materia de la leccion las terribles
penas que padecerán los condenados en el infierno,
mientras los bienaventurados gozarán de las eternas
delicias de la gloria.

El cuarto donde estaba aposentado el santo religioso
no estaba separado del dormitorio de Eudocia sino por
un débil tabique, de suerte que, despertada esta al
ruido de su canto, tuvo curiosidad de oír lo que se
estaba leyendo, y quedó espantada de lo que oía.

Apénas amaneció cuando envió un recado al ex-
tranjero suplicándole pasase á verla. Preguntóle luego
por su religion, por su estado, por el motivo de su
viaje, y despues le rogó se tomase el trabajo de ex-
plicarla lo que le habia oido leer aquella noche. El

MARZO. DIA I.

3

buen monje que estaba intimamente penetrado él
mismo de aquellas espantosas verdades, la hizo una
vivisima pintura de ellas: de suerte que, no pudiendo
Eudocia disimular mas su asombro, ni reprimir su
llanto, dió un lastimoso grito, y exclamó diciendo:

« Pues, padre, segun esto yo sere condenada. »
Aprovechándose el siervo de Dios de aquellas felices
disposiciones, la dijo: « Ahora me habeis de dar
» licencia, señora, para que tambien yo os pregunte
» quién sois vos, y qué religion profesais. — Yo, res-
» pondió Eudocia, soy de Samaria, y de la secta de
» los Samaritanos; ó, por mejor decir, ninguna re-
» ligion profeso; por lo mismo es que me entregué
» ciegameute á todo género de disoluciones: ¡ mirad
» ahora si será posible que yo evite esos suplicios
» eternos! »

« Y muy posible, señora, replicó el prudente Ger-
» mano, con tal que os querais convertir de veras y
» hacer penitencia de vuestras culpas; porque Jesu-
» cristo nuestro Salvador á ningun pecador verdade-
» ramente arrepentido y penitente excluye de su mi-
» sericordia. — Pues dime, te ruego, repuso la afligida
» Eudocia, ¿qué debo hacer para conseguirla? —
» Dejar de pecar, respondió el siervo de Dios, y lla-
» mar sin dilacion á algun sacerdote de los cristianos
» para que os instruya en la fe y os administre el
» santo bautismo, sin lo cual no hay salvacion. »

Llamó al punto Eudocia á uno de sus criados, y le
mandó que al instante fuese á buscar el sacerdote de
los cristianos, y le trajese consigo sin decirle quien le
llamaba, advirtiéndole solamente que la necesidad
era urgente. Vino el sacerdote; pero quedó turbado y
como mudo cuando se vió en la casa y en la presencia
de Eudocia. Conociólo ella, y deshaciéndose en lágrimas,
se arrojó á sus piés, conjurándole por amor del
Salvador de todos los hombres, que no la desampa-

rase. « Bien sé, dijo, que soy la mayor pecadora que
 » han conocido los siglos ; pero tambien sé, porque
 » así me lo han dicho, que la misericordia de tu Dios
 » es infinitamente mayor que mis pecados. Yo quiero
 » ser cristiana, y yo quiero recibir de tu mano el santo
 » bautismo; dámelo y dame juntamente con él la re-
 » gla de vida que quisieres, que yo prometo guar-
 » darla. »

Admirado el sacerdote, y rindiendo mil alabanzas al Autor de aquella asombrosa conversion, cuya historia le refiriera el monje Germano, aconsejó á Eudocia que desnudándose de toda aquella profanidad, galas y joyas preciosas, se vistiese modestamente, y retirada en un cuarto por espacio de siete dias, los pasase en ayuno y oracion sin ver á persona alguna. Ejecutólo á la letra; y pasado este tiempo la fué á ver el santo monje á quien ella misma habia suplicado que se detuviese; pero la halló tan desfigurada, tan pálida y tan extenuada, que apenas la conoció. Luego que la santa le descubrió á alguna distancia, levantando la voz le dijo: « Dad, padre mio, muchas gracias al Señor por
 » las misericordias que ha hecho su piedad con esta
 » indigna pecadora. Pasé los seis primeros dias de mi
 » retiro en llorar mis enormes culpas y en cumplir
 » con la mayor exactitud todos los ejercicios devotos
 » que vos me prescribisteis. Al dia sétimo, estando
 » postrada en tierra, el semblante contra el polvo,
 » me hallé de repente cercada de una grande luz que
 » me deslumbraba. Al mismo tiempo ví en medio de
 » ella un jóven bizarro vestido de blanco, que con
 » semblante majestuoso y severo me cogió de la
 » mano, y me arrebató por los aires hasta el cielo,
 » donde me pareció que veia una innumerable multi-
 » tud de personas vestidas del mismo traje y color,
 » que, mostrando grande alegría de verme, se com-
 » placian recíprocamente, y me daban mil enhora-

» buenas de que algun dia habia de ser participante
 » con ellas de la misma gloria. Mientras estaba con
 » esta dulce vision, toda atenta, eché de ver un espan-
 » toso monstruo que con horribles ahullidos se que-
 » jaba á Dios de que se le quitase una presa que por
 » tantos titulos poseia como suya; pero una voz del
 » cielo le puso en precipitada fuga, diciendo que se
 » complacia Dios en tener misericordia de los peca-
 » dores arrepentidos. La misma voz me alentó con la
 » esperanza de lograr una especial proteccion todo el
 » resto de mi vida, ordenando á mi conductor, que
 » entendí ser el arcángel san Miguel, me restituyese
 » al lugar donde me hallo. Ahora, padre mio, á tí te
 » toca ordenarme lo que debo ejecutar para corres-
 » ponder á tan grandes beneficios. »

El bienaventurado Germano, admirando las misericordias del Señor, dió á Eudocia las saludables instrucciones que le parecieron necesarias; ordenóla que recibiese cuanto antes el santo bautismo, y despidiéndose de ella, la dijo: « Espero, hija mia, que presto
 » volveré á verte para decirte lo á que el Señor te des-
 » tina. » Costó á Eudocia muchas lágrimas la partida del siervo de Dios; mas no por eso se entibió un punto su fervor.

Habia ya llegado á noticia del obispo Teodoro la mudanza de la cortesana, y estaba esperando con impaciencia pruebas mas seguras de la sinceridad de su conversion, cuando le entraron recado de que Eudocia en traje de penitente le pedia audiencia. Luego que entró á la presencia del santo prelado, se arrojó á sus piés, y deshaciéndose en lágrimas, le pidió que no la dilatase el bautismo. Viéndola el obispo tan santamente dispuesta, y hallándola suficientemente instruida, la concedió con singular consuelo y gusto lo que deseaba.

Viéndose ya cristiana, llamó Eudocia á todos sus

esclavos, y dándoles libertad, los exhortó á seguir su ejemplo; en seguida despidiendo á los demás criados, despues de haberles hecho grandes liberalidades, cedió sus inmensos bienes á los pobres, y suplicó al obispo Teodoro tomase á su cargo el cuidado de distribuirlos.

Quedó asombrado el obispo á vista de una resolucion tan generosa y tan cristiana; pero aun se quedó mas atónito cuando vió la espantosa cantidad de bienes raices, de posesiones, de muebles preciosos, de riquisimas joyas que sacrificaba al Señor la nueva penitente.

Desde aquel punto fué su vida modelo de las mas heróicas virtudes. Entregóse sin reserva á las mas rigurosas penitencias; su ayuno era estrechisimo y continuo; conservó siempre el traje de los neófitos, y no volvió á parecer en público sino en la iglesia y al pié de los altares.

Volvió á Heliópolis el monje Germano, como lo habia ofrecido, y halló á su hija Eudocia elevada á un grado de perfeccion muy superior al que tenia cuando se habia separado de ella. Propúsola que seria conveniente se fuese á encerrar en algun lugar solitario para pasar en penitencia y en retiro el resto de sus dias. Abrazó al instante este partido, y desde entonces fué una perpetua série de oracion y de rigores la vida de nuestra heroína.

Necesariamente habia de irritar á todo el infierno una conversion tan notable y una virtud tan extraordinaria. Los que habian amado torpemente á Eudocia pecadora, no podian tolerar á Eudocia arrepentida. Cierta jóven mas disoluto y mas osado que los otros, determinó sacarla del retiro ó con maña ó con violencia. Vestióse de monje, buscó á Germano, y postrándose á sus piés, le suplicó quisiese admitirle por su discípulo y compañero en aquella soledad. Edificóse el

buen Germano al oír la pretension del engañoso jóven; pero le representó que era muy mozo y muy delicado para llevar el rigor de aquella vida. « Yo lo » confieso, replicó el falaz mancebo; pero á vista de » lo que acaba de hacer Eudocia, ayer cortesana y » hoy penitente, seria vergüenza mia no poder hacer » otro tanto. Permíteme no mas que yo la vea, y que » pueda hablarla dos palabras; porque espero que las » tuyas me inspirarán tanto fervor y tanto aliento, » que ninguna penitencia, ningun rigor se me pre- » sente imposible. » Creyóle Germano, y dió providencia para que viese á Eudocia. Esta, que se hallaba ya prevenida por el Señor del lance que la esperaba, apenas vió en su presencia al disfrazado jóven, cuando sin dejarle acabar el insolente discurso que habia comenzado, le habló en tono tan espantoso y tan vivo, que le vió caer muerto á sus piés. Pidieron á la santa en nombre de Dios que se compadeciese de aquella alma infeliz; hizo oracion, y con nuevo milagro le restituyó á la vida, mandándole que al instante se fuese á hacer penitencia.

No desistió el demonio de su intento; viendo desvanecido el primer artificio, echó mano de otro. Dieron á entender á Aureliano, gobernador de la provincia, que al convertirse Eudocia á la religion cristiana, se habia llevado consigo á su retiro tesoros infinitos, y que se interesaba la honra del mismo gobernador y el bien público en recoger aquellas inmensas riquezas.

Despachó Aureliano á un oficial con trescientos soldados, con orden de que se apoderasen de todo. Reveló Dios á la santa lo que pasaba, asegurándola que él cuidaria de ella y de su casa. Con efecto, una mano invisible detuvo los soldados, hasta que un espantoso dragon los devoró á todos, menos á tres que fueron á llevar la noticia. Irritado el hijo del gobernador, partió con mas número de tropas, pero la misma tarde

murió de una cox que le dió un caballo. Cuando el gobernador vió entrar por las puertas de su casa el cadáver de su hijo, arrebatado de cólera, de sentimiento y furor, quiso ir en persona á despedazar á Eudocia por su misma mano; pero un caballero llamado Filóstrato le detuvo, y le aconsejó que antes implorase las poderosas oraciones de Eudocia. Siguió Aureliano el consejo, y la escribió una carta, suplicándola restituyese la vida á su hijo. Respondióle al punto la santa, y en lugar de sello señaló su carta con tres cruces. Impaciente el gobernador salió al camino al propio que había despachado, haciendo traer el cadáver de su hijo. Apenas puso sobre él la respuesta de la santa, cuando en aquel mismo punto resucitó. A milagro tan evidente se había de seguir el efecto que correspondía: convirtióse luego á la fe Aureliano con toda su familia, y poco despues murió santamente.

En fin, habiendo vuelto á encenderse la persecucion contra los cristianos en tiempo del emperador Trajano, encontró en ella Eudocia la corona del martirio por la que suspiraba. Noticioso el sucesor de Aureliano, llamado Vicente, de las maravillas que obraba nuestra santa, le pareció que era conveniente deshacerse de ella sin ruido, temiendo alguna sublevación popular; y así la mandó degollar en secreto. Sucedió su martirio el dia primero de marzo del año 114 de nuestro Señor Jesucristo, cuya gracia triunfó tan gloriosamente en nuestra dichosa mártir.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui inter cætera potentia tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius,

O Dios, que entre las demás maravillas de tu poder hicisteis victorioso en los tormentos del martirio aun al sexo mas

ut qui beatæ Eudociæ martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Domnum nostrum...

frágil; danos gracia para que siguiendo el ejemplo de tu mártir santa Eudocia, cuya fiesta celebramos, podamos caminar á vos. Por nuestro Señor...

La epistola es del apóstol san Pablo á los Filipenses, cap. 4.

Fratres: Pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu. De cætero, fratres, quæcumque sunt vera, quæcumque pudica, quæcumque justa, quæcumque sancta, quæcumque amabilia, quæcumque bonæ famæ, si qua virtus, si qua laus disciplinae, hæc cogitate. Quæ et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, hæc agite: et Deus pacis erit vobiscum.

Hermanos: La paz de Dios, que sobrepuya á todo conocimiento, guarde vuestros corazones y vuestras almas en Cristo Jesus. Por lo demás, ó hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo que es honesto, lo que es justo, lo santo, lo amable, todo lo que da buen nombre, sea alguna virtud, sea alguna alabanza de doctrina, esto es lo que habeis de pensar. Las cosas que aprendisteis, las que recibisteis, oisteis y visteis en mí, estas habeis de poner por obra, y el Dios de la paz será con vosotros.

NOTA.

« Hallándose preso san Pablo en Roma, y habiendo » recibido las limosnas que le enviaban los fieles de » Filipos, ciudad de Macedonia, por mano de su » obispo Epafrodito, les escribió esta admirable carta. » que está llena de ternura, de agradecimiento y de » testimonios del ardiente zelo que le abrasaba por su » eterna salvacion. Despues de darles diferentes reglas » para conservarse en la inocencia, los exhorta á que » huyan de todo género de disputa, y de todo lo que » tenga aire ó suene á espíritu de parcialidad. »

REFLEXIONES.

La paz de Dios, es la paz que el mismo Dios nos concede, es la paz de una buena conciencia, la cual solo está contenta cuando Dios lo está de ella; es la paz que gozan las almas puras en la tierra, y la herencia de los bienaventurados en el cielo. ¿Quién puede comprender las indecibles dulzuras de este don del Espíritu Santo? Es la paz del corazón; y por eso solo el corazón puede hacer concepto cabal de su delicia. *Gustate et videte* : gustad y ved.

Toda esta ciencia, digámoslo así, consiste en el gusto. La falsa paz del mundo solo se halla en la boca del impio; no llega ni puede llegar al corazón: *Pax, pax, et non erat pax* (1). ¿Ni cómo pudiera encontrarse esta divina paz en una alma donde todo es turbación, todo desorden; donde reina la sedición de los sentidos y de las pasiones? Acumula en hora buena tesoros sobre tesoros; sé el idolo de los lisonjeros y de los cortesanos; embriagate de placeres y de próspera fortuna; ni por eso podrá lograr tu corazón un solo momento de paz llena y pura. Hállase sí uno amodorrado, aturdido, como ebrio; y está el alma como atolondrada entre el tumulto. Breves y vanas temporadas de somnolencia, á vosotras se reduce toda la paz de que se precian tanto los disolutos y los impios. ¿Cuándo lograran estos infelices algun intervalo de religion y de entendimiento para conocer su desgracia y para descubrir sus descaminos?

¡Qué tranquilidad mas deliciosa, qué placer mas lleno, mas exquisito, qué mas dulce calma, mi Dios, que la que gusta en tu servicio una conciencia pura, una alma santa! ¡qué insípida, qué desabrida parece cualquiera otra dulzura á quien ha gustado una vez

(1) Jerem. 5.

esta dulzura interior! ¡qué eficazmente pierde el gusto de cualquier otro placer! ¡qué oportuna, qué eficaz es para conservar el corazón en la inocencia! Ella le defiende fácilmente de toda sorpresa; solamente los corazones bisonos, los poco experimentados se dejan deslumbrar, se dejan engañar de las falsas promesas del mundo. Quien ha gustado una vez las delicias de esta paz, *quæ exuperat omnem sensum*, superior á cuanto se puede decir ni aun pensar, poco se cuida de todos esos vanos resplandores.

¡Qué hermoso y qué cabal retrato hace san Pablo de una alma verdaderamente cristiana! Seria muy conveniente que le tuviésemos siempre á la vista para copiarle. No hay que buscar la verdad fuera de la religion cristiana; hablando con propiedad, solamente se halla en la Iglesia; fuera de ella todo es error, todo ilusion: *Quæcumque sunt vera, quæcumque pudica, quæcumque justa, quæcumque sancta..... hæc cogitate*. La pureza de costumbres, la santidad, la justicia son el carácter de la religion verdadera; donde no hay esta, todo es simulacion, todo disolucion disfrazada, todo mala fe, todo hipocresia. Puede tener bastante ingenio para remedar al verdadero cristiano: es una comedia estudiada que se da al público; pero si el corazón le desmiente, ese devoto presunto lo es cuando mas mientras dura la escena. No hay cosa mas despreciable ni cosa mas impia que la ficcion y el remedo en punto de religion.

El evangelio es del capitulo 5 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus
judæis: Sicut Pater suscitavit
mortuos, et vivificavit, sic et
Filius, quos vult vivificavit.
Neque enim Pater judicat
quemquam: sed omne judi-

En aquel tiempo dijo Jesus á
los judíos: Así como el Padre
resucita á los muertos, y les
da vida, de la misma manera
el Hijo da también vida á los
que quiere. Porque el Padre

cium dedit Filio, ut omnes no juzga á ninguno; sino que
 honorificent Filium, sicut ho- dió al Hijo toda la facultad de
 norificant Patrem: qui non juzgar, para que todos honren
 honorificat Filium, non ho- al Hijo como honran al Padre:
 norificat Patrem, qui misit el que no honra al Hijo, no honra
 illum. al Padre que le envió.

MEDITACION.

DE LO QUE SENTIRÁN LOS JUSTOS Y LOS PECADORES
 EN EL DIA DEL JUICIO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuál será la diferencia de afectos entre los justos y los pecadores en el dia terrible del juicio final; ¿qué ideas, qué pasiones, qué pensamientos tan distintos!

Quando resuene la espantosa voz de la trompeta que convocará los muertos para que comparezcan ante el tribunal de Dios, unos se darán priesa á levantarse de los sepulcros para salir al encuentro á sus libertadores; otros gritarán á los montes que desgajados los sepulsen para librarlos de la terrible vista de su juez. ¡Buen Dios! ¿qué movimientos de amor, de gozo y de consuelo en los primeros! ¿qué confusion, qué odio, qué desesperacion en los segundos! ¿De cuál de estas dos clases me tocará á mi ser en aquel terrible dia?

¿Qué honra, qué alegría la de los buenos al verse separados de la muchedumbre, y colocados á la diestra de su amante Redentor! ¿qué complacencia tendrán entonces de haberle amado, de haberle servido, de haber obedecido sus preceptos y seguido sus consejos! ¿Pero qué vergüenza, qué rabia, qué furor será el de los que se hallan entre el monton de los réprobos á la mano siniestra del juez! ¿qué dolor, qué despecho de haberle menospreciado, de haberle

maltratado tanto en vida! ¿qué íntimo, qué profundo sentimiento de haberle tan gravemente ofendido!

¿En qué paraje, en qué lugar de aquel congreso universal de los ángeles y de los hombres se dejarán ver los grandes del mundo que fueron poco cristianos; aquellos disolutos que hacian chacota de las verdades mas terribles de la Religion; aquellas mujeres mundanas criadas en la delicadeza y en el regalo; aquellos pretensos dichosos del mundo que se verán confundidos con las heces de todo el género humano, destinados con el resto de los facinerosos á arder en las eternas llamas? ¿Qué pensarán entonces? ¿y qué pensaré yo mismo? ¿Estarán á la diestra de Jesucristo todos los que hubieren hecho esta meditacion? ¿se podran gloriarse todos de haber abrazado con tiempo el buen partido, de haber sido tan cuerdos, tan prudentes que no cayeron en el lazo? ¿Cuántos habrá quizá que desesperados rabiaron por no haber sacado fruto de estas reflexiones, y no haberse aprovechado de la gracia! ¿y no seré yo acaso de este número?

¿Qué, dulcísimo Jesus mio, nunca os he de ver sino para temeros y para aborreceros! ¿nunca os he de ver glorioso sino para sentir y llorar la infelicidad de mi eterna suerte! ¡O única esperanza mia! en el dia de la tribulacion no scais para mí objeto de terror!

PUNTO SEGUNDO.

Considera el efecto que producirá en el corazon de los justos y de los réprobos la sentencia definitiva de su eterna suerte.

Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está aparejado desde la creacion del mundo. ¿Qué sentencia tan colmada de consuelos! Id lejos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el demonio y para sus ángeles. ¿Qué terrible, qué formi-

dable sentencia! Comprende bien todo su rigor. Si el fuego eterno estaba preparado para el demonio y para sus ángeles, luego no estaba dispuesto para mí; luego yo me le merecí por pura malicia mía: luego mi condenacion es obra de mis manos. ¡Qué pesar mas cruel!

¿Con qué ojos mirarán los bienaventurados á los réprobos que en otros tiempos se veian tan estimados, tan opulentos, tan orgullosos con su suerte, tan embriagados con su soñada fortuna? Vedlos ahí que ya son el oprobio de todo el universo, y tristes víctimas del furor de un Dios airado.

Con qué ojos mirarán los desdichados réprobos á los escogidos, en otro tiempo tan pobres, tan viles, tan menospreciados, pasando los dias en el llanto y la oscuridad, y hechos ahora los felices moradores de la corte celestial, principes del reino de los cielos, herederos del mismo Dios y de su eterna felicidad. ¡Buen Dios, qué cambio de escena!

Venid, benditos de mi Padre, vosotros os salvasteis: *Id, malditos, al fuego eterno*, vosotros os condenasteis. Es un Dios el que habla, y son hombres á quienes se pronuncian estas sentencias; ¿cuál de las dos será para mí? Consultemos nuestras costumbres y nuestra conducta.

¡Ah, y con cuánta razon, pero qué tarde, exclamarán los réprobos al ver que se elevan los predestinados hácia el cielo, *nos insensati!* ¡insensatos de nosotros, que tuvimos su vida por locura y su muerte por afrentosa; y sin embargo ahora ellos son elevados á la dignidad de hijos de Dios, y es su herencia morar entre los santos! *Ergo erravimus á via veritatis*: luego nosotros anduvimos errados y apartados del camino de la verdad. Pero ¿será entonces tiempo de conocerlo? ¡Qué cosa tan horrible es no conocer, no confesar el descamino hasta verse ya en el precipicio! Con tiempo se les habia prevenido; pero no lo quisie-

ron creer hasta que se vieron ya despeñados. ¡Qué sentimiento! ¡qué rabia!

Pero ¡dulce Jesus mio! vos no me redimisteis para perderme; pues no permitais que me suceda tal desdicha. Todavía puedo con el socorro de vuestra gracia prevenir esta triste confesion y estos funestos sentimientos. Resuelto estoy, Señor, á dedicarme á ello desde esta misma hora. ¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia, mi Dios, seria la mia, si estas reflexiones solo sirviesen para hacerme mas culpado!

JACULATORIAS.

Peccator videbit, et irascetur: dentibus suis fremet et tabescet. Salm. 111.

Verá el pecador la gloria del justo, y centelleará de dolor; bramará de rabia, y se secará de desesperacion.

Intelligite hæc qui obliviscimini Deum. Salm. 49.

Vosotros, los que teneis á Dios tan olvidado, comprended bien lo que os espera en el tremendo dia de su juicio.

PROPOSITOS.

Si nos juzgáramos á nosotros mismos, dice el apóstol, *no seríamos despues juzgados; pero al mismo tiempo que de esta manera nos juzgamos, nos castiga Dios aquí para no condenarnos despues con este mundo.* No puede ser mas amorosa ni mas fácil la condicion: dásenos á escoger, ó juzgarnos nosotros á nosotros mismos sin piedad, dignándose Dios de deferir á nuestro juicio; ó ser juzgados despues por el supremo Juez con todo el rigor de la ley, y sin misericordia. Es indispensable comparecer ante uno de los tribunales; mira tú en cuál de los dos quieres que sea juzgada y sentenciada tu causa. ¡Pero quién lo creyera! La mayor parte de los hombres se recusan á sí mismos.